

## ¿EXISTE LA IDENTIDAD EUROPEA?

### PÍLDORA DE OPINIÓN

EUROPA

Se trata de una pregunta frecuente que quizá estaría mejor planteada de la siguiente forma: ¿Hasta qué punto interesa que exista una identidad europea? En el momento actual, marcado por el terrorismo y la crispación identitaria, asistimos como espectadores pasivos a una desesperada carrera por reinventar ilusorias comunidades –étnicas y religiosas–, identidades nacionales –exclusivas y excluyentes– y demás mutaciones –sectarias y extremistas–. En este contexto, ¿Tiene sentido seguir insistiendo en una identidad europea?

La identidad, una de estas palabras de éxito en tertulias y debates públicos es un recurso impreciso, que recoge la tensión entre unidad y diversidad en nuestras sociedades. Es en nombre de la identidad que se justifican un sinfín de acciones y reacciones, y se fragmentan pertenencias y rupturas. Sin embargo, es un concepto vago si no se acompaña de un adjetivo, identidad *cultural*, identidad *étnica*, identidad *nacional*. Y la discusión sobre la identidad europea ha seguido los pasos de la identidad nacional: una bandera, un himno y sobre todo un agresor externo. Paradójicamente, el origen y la razón de ser de la idea de Europa tienen su origen en el rechazo de las atrocidades que se habían cometido en nombre de una identidad nacional.

Para ir más allá de la identidad única –arma letal–, deberíamos fomentar el sentirnos solidarios con un proceso, más bien parte de un proyecto, un proyecto identitario que no es un punto final o un estado fijo, sino una tensión permanente entre identificaciones, desidentificaciones y contraidentificaciones. Se trata además de un entramado de tensiones con múltiples dimensiones: funcional, relacional y la ideal.

En relación a la primera, la funcional, que es la que orienta las políticas y pretende organizar la sociedad, debemos plantearnos qué uso se hace de la identidad en los discursos, filosóficos y políticos de la vida cotidiana, e intentar comprenderlos todos para llegar a conocer posibles nuevos usos *en común*. Es imprescindible para ello escuchar la voz de *los otros*, para qué como afirma Ricoer: “nos cuenten nuestra propia historia”, en particular “cuando la humillación de unos coincide con la gloria de otros”.

La dimensión *relacional* de la identidad es quizá la más vaga y la que en la actualidad genera más perversiones identitarias y fundamentalismos contra un enemigo, un inquietante “otro”, un chivo expiatorio que revive una identidad agotada aunque con valores supuestamente superiores. La afirmación de una diferencia es la condición previa para hablar de identidad. Esto es patológico cuando solo busca a los “otros” y sus valores opuestos como enemigo común frente

al cual consolidar el carácter colectivo. Por el contrario, el sentido de co-pertenencia, que no sospecha de la diferencia ni cierra filas frente a ella, es flexible para fijar y abandonar, crear y reciclar, asimilar y desasimilar, y no entiende que una acción sea oposición de la otra.

La *dimensión ideal* se alimenta de la identidad del pasado para, de cara a un futuro anónimo e imprevisible, condensar un *fundamento* cultural, étnico, racial o incluso nacional. Esta dimensión debe ser rechazada cuando resucita identidades olvidadas y mitos de origen que solo logran banalizar el proyecto de identificación, vinculando historia con identidad: una única identidad –la de los vencedores– que borra oposiciones internas para consolidar la adhesión y recurre a la homogeneización de imágenes, relatos y personajes, articulándolos como símbolos de una identidad colectiva donde la realización de unos significa la frustración de otros.

Volvemos a la pregunta inicial: ¿Existe la identidad europea? La experiencia nos ha demostrado que una base como una moneda común no es suficiente para sentirnos europeos; hay que construir, no a pesar de las diferencias, sino a través de ellas; no yuxtaponer, sino pensar en un futuro común de sentimientos compartidos. O como decía Ulrich Beck: “Puede que lo que necesitamos no sea una identidad única que vincule a todas las identidades, sino un relato de la europeización que haga comprensible la vinculación de iniciativas y fracasos”. Una visión del presente orientado al futuro, en el que la identidad consiste en ponerse en camino, “en abrirse, encontrar, avanzar, orientarse, confundirse, extraviarse, buscar, tantear, encontrar, construir, e inventar”.

**YOLANDA ONGHENA**

Investigadora sénior asociada, CIDOB

